

Sección internacional

FRANCIA

Devaluación del franco: vanguardia del proyecto conservador

El 6 de abril el Sistema Monetario Europeo (SME); que agrupa ocho monedas, sufrió su noveno ajuste desde su creación en 1979. Los ministros de finanzas de la CEE, reunidos en la localidad holandesa de Ootmarsum, acordaron una devaluación de 3%

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.N.C., sino en los casos en que así se manifieste.

del franco francés y una apreciación del marco alemán y del florín holandés de 3%, cada uno. El franco belgo-luxemburgués y la corona danesa se apreciaron 1%, en tanto que la lira italiana y la libra irlandesa se mantuvieron sin cambio.¹

El SME: algunos antecedentes

El antecedente inmediato del SME fue la "serpiente monetaria" que, creada en 1972,

1. En la elaboración de este trabajo se consultaron principalmente las siguientes fuentes: *Excelsior*, David Marsh y Paul Betts, "Francia podría privatizar a los mayores grupos nacionalizados" (1 de febrero de 1986); "Estrecha victoria derechista en los comicios legislativos franceses" (17 de marzo de 1986); "Mantener el equilibrio comercial, el objetivo" (7 de abril de 1986); "El realineamiento favorece a Europa" (8 de abril de 1986); "Vientos de austeridad y privatización en Francia" (8 de abril de 1986); Victoria English, "Presionan a Bélgica para que elimine su siste-

ma monetario dual" (19 de abril de 1986). *Le Monde*, Paul Fabra, "La politique économique de la nouvelle majorité devrait être favorisée par la dévaluation du franc" (6-7 de abril de 1986); François Renard, "Une décision opportune" (8 de abril de 1986); José-Alain Fralon, "Deux jours de négociations difficiles à Ootmarsum" (8 de abril de 1986); "Le neuvième ajustement depuis 1979" (8 de abril de 1986). *Financial Times*, David Housego, "EMS realignment signals french policy shift" (5 de abril de 1986); Samuel Brittan, "Fallacies on EMS entry" (1 de abril de 1986); "West Germany can take revaluation 'in its stride'" (7 de abril de 1986); Paul Cheeseright, "Realignment of EMS satisfies french need for devaluation" (7 de abril de 1986). *Comercio Exterior*, Carlos Ábalo, "El sistema monetario europeo" (vol. 29, núm. 1, enero de 1979).

El sistema, producto de una iniciativa franco-germana, nació de un acuerdo del Consejo Europeo durante una reunión en Bremen en 1978 y fue concebido como el punto de partida para una zona de estabilidad monetaria en Europa que con el tiempo diese origen a una moneda de reserva que pudiese encarar al dólar. Se pretendía que el SME se consolidara en un plazo de dos años, período en el cual también debería establecerse el Fondo Monetario Europeo (FME) y utilizarse plenamente la unidad monetaria europea (UME) como activo de reserva y medio de pago.

El SME permite a las monedas integrantes fluctuaciones de 2.25% en cualquier sentido, excepto a la lira italiana, para la que se fijó un límite de 6%. El país cuya divisa rebasa dichas cotas deberá intervenir en el mercado de cambios, introducir modificaciones en sus tipos de interés y adoptar, si es necesario, una política monetaria correctiva. Actualmente los países que integran el SME son Francia, la RFA, Italia, Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca, Holanda e Irlanda. Noruega, que formaba parte de la "serpiente", se abstuvo de participar. La Gran Bretaña —que se incorporó al Mercado Común Europeo en 1973— renunció a formar parte desde un principio, debido, se dice, a que no deseaba enfrentarse a la política monetaria estadounidense, y a que existía el temor de que, por pertenecer a una zona monetaria europea, sus vínculos con la Commonwealth se debilitaran. Sin embargo, durante las negociaciones previas al establecimiento del Sistema, los británicos manifestaron su deseo de participar en la política estabilizadora de las tasas de cambio y en las facilidades crediticias a que daría lugar el FME. En la actualidad existen serios indicios de que la Gran Bretaña ingresará al SME antes de un año. Para algunos economistas ingleses hay dos opciones para que un gobierno de un país de tamaño mediano reduzca, controle o elimine la inflación. Una es formular un objetivo puramente interno —el camino que ha elegido el Reino Unido— y otra encadenar la tasa de cambio a un país o grupo de países con una buena trayectoria en materia de estabilidad de precios y con expectativas de mantenerla, como lo ha hecho Francia. Algunas de las objeciones —desde dentro y desde afuera— que se han esgrimido contra el ingreso de la Gran Bretaña al SME se refieren en primer término a que la libra esterlina es una petrodólar. Esto, según los expertos, es un gran desatino, puesto que 95% de la economía de Albión no tiene nada que ver con

el crudo. Una segunda objeción es la que señala que Inglaterra carece de las reservas de divisas suficientes para operar dentro del Sistema. A esto responden los británicos diciendo que en realidad ningún gobierno o bloque de países cuenta con las reservas necesarias para defender sus monedas, por lo cual las tasas de interés y otro tipo de medidas restrictivas son empleadas para ese fin. Otra mentira, que tiene varios seguidores ingleses, es que, en caso de que la Gran Bretaña se adhiera al SME, el país se verá obligado a adoptar controles cambiarios. Tales medidas son contrarias a la forma de operar de la CEE y del SME y los socios del Sistema lejos de apoyarlos han pugnado por su flexibilización.

El triunfo conservador

El 16 de marzo se llevaron a cabo los comicios legislativos franceses. Conforme a los resultados oficiales dados a conocer por el Ministerio del Interior, la coalición formada por la neogaullista Agrupación para la República (APR), de Jacques Chirac, y la Unión para la Democracia Francesa (UDF), de Valéry Giscard d'Estaing, obtuvo cerca de 42% de los votos, lo cual le aseguró 274 escaños en la Asamblea Nacional, aunque no logró los 289 que se requieren para contar con la mayoría absoluta. El Partido Socialista, que absorbió 32% de los sufragios y logró 196 diputaciones, perdió la mayoría en la Asamblea pero logró mantenerse como la primera fuerza política del país.

Dos días después de las elecciones el presidente Mitterrand ofreció al conservador Chirac el cargo de Primer Ministro. El otro candidato de la derecha era Giscard. Con ese acuerdo dio inicio el primer gobierno de "cohabitación" en los 28 años de vida de la Quinta República. Esto es, por primera vez un Presidente de la República pierde las elecciones legislativas, no cuenta con la mayoría necesaria para gobernar y tuvo que escoger a su Primer Ministro de entre las filas de sus adversarios políticos. Sin embargo, algunos analistas franceses opinan que la estrecha ventaja que obtuvo la derecha deja al mandatario francés un margen de maniobra más amplio de lo que pudiera suponerse, por lo cual la coexistencia entre un Jefe de Estado socialista y un Jefe de Gobierno conservador se augura muy difícil. El 20 de marzo quedó formado el gabinete ministerial integrado por la alianza liberal-conservadora.

La devaluación del franco

Una de las primeras empresas que acometió el gobierno de Jacques Chirac fue promover ante la CEE y el SME una devaluación de la divisa francesa y una apreciación del marco alemán. El último ajuste se había llevado a cabo el 20 de julio de 1985 en Basilea, cuando la lira se devaluó 6% y el resto de las divisas se apreció 2%. Entre las razones que adujo el Gobierno galo para apoyar su solicitud destacan el asunto de la competitividad relacionada con la inflación y el hecho de que para algunos conservadores la moneda francesa sólo era fuerte en apariencia. Según éstos, si bien es cierto que desde marzo de 1983 el comportamiento del franco mejoró de manera notable, ello obedeció fundamentalmente al manejo de la tasa de interés que alcanzó alturas históricas, lo cual evidenciaba la existencia de una debilidad oculta. Un factor adicional que contribuyó a mantener el rédito caro fue el temor de que el franco sufriera un ataque especulativo antes de las elecciones.

La aparente o real sobrevaluación del franco ha sido uno de los factores que más han afectado la competitividad industrial y el comercio de manufacturas. De marzo de 1983 —cuando el franco se devaluó 2.5% y el marco se apreció 5.5%— a la fecha, el diferencial inflacionario acumulado y el correspondiente a los costos, también acumulado, entre Francia y la RFA se calculó en 13 y 11 por ciento, respectivamente. Ello, desde luego, ha actuado en detrimento de la penetración de los productos franceses al mercado alemán, su principal cliente. Empero, para otros economistas el problema de la competitividad va más allá de razones meramente inflacionarias. Para ellos, Francia ya no dispone de la variedad de productos o de la capacidad para adecuarse a las cambiantes condiciones de la demanda mundial. El descenso de la competitividad gala se expresa en los siguientes ejemplos: en 1985 las exportaciones de manufacturas francesas en términos de volumen se elevaron 1.8%, en tanto que los incrementos fueron, para Estados Unidos de 3.5%, para Japón de 4.2%, RFA, 8.8%, Gran Bretaña, 9.8%, e Italia, 2.2%. En el mismo año, el déficit comercial de Francia se mantuvo en el mismo nivel de 1984 (24 000 millones de francos), a pesar de los primeros efectos de la baja del dólar y de la caída de los precios de crudo. En 1985, asimismo, el saldo deficitario francés en el intercambio de manufacturas con la RFA ascendió a 44 000 millones de francos, mientras que en 1981 fue de 31 000 millones.

La solicitud francesa produjo alteraciones en los mercados cambiarios, lo cual provocó que el 4 de abril los bancos centrales europeos suspendieran las operaciones con esa moneda. Ante ello el Comité Monetario de la CEE celebró una reunión urgente en el balneario holandés de Ootmarsum, en el Mar del Norte, para resolver el problema. La petición del Gobierno galo causó malestar a los demás países. Según los ministros reunidos, la devaluación del franco arrastraría a otras monedas y argumentaron que esa exigencia carecía de justificación técnica y más bien obedecía a consideraciones políticas internas. Asimismo, acusaron a Francia de valerse del SME para complacer a sus agricultores y exportadores, pues el ajuste solicitado les produciría ventajas notables que nada tenían que ver con los intereses comunitarios. Edouard Balladur, ministro de Economía francés, argumentó la demanda de su Gobierno en que desde 1983 se había establecido un diferencial de 8% entre el poder de compra del marco y del franco francés, situación que era preciso restablecer. Además, dijo, esa medida representaba un aspecto de suma importancia para el proyecto del Gobierno conservador y por supuesto para el futuro de la Comunidad. Algunos expertos franceses señalaron, por otra parte, que la actitud hostil de ciertos gobiernos era muy criticable, pues algunos de ellos habían llevado a efecto ajustes unilaterales repentinos. Recordaron que cuando Bélgica —cuya representación se mostró muy irritada en las conversaciones— devaluó 8.5% su divisa el 21 de febrero de 1982 arrastró al franco a una depreciación de 5.75% en junio del mismo año. Italia, agregaron, devaluó unilateralmente la lira en 6% el 22 de marzo de 1981 y en julio último reincidió en otra de la misma magnitud, la cual, según sus opinantes, tenía el propósito de provocar un reajuste general del Sistema Monetario Europeo.

El 6 de abril, en medio de la inconformidad general, los ministros de Finanzas de la CEE aceptaron el reajuste, no sin antes plantear ciertos condicionamientos. La RFA, por ejemplo, pidió que Francia se comprometiera a restablecer el liberalismo financiero mediante el levantamiento del control de cambios y de la remoción de obstáculos a los movimientos de capitales.

Originalmente, Francia había solicitado una devaluación de su divisa frente al marco alemán de 8%, aunque al final se conformó con una depreciación efectiva de 5.8%. Este cambio se logró mediante una

devaluación de 3% de la divisa gala con respecto a la tasa central del SME (paridad de las monedas nacionales en términos de UME) y una revaluación de 3% del marco. Respecto a esa tasa central el florín holandés se apreció 3%, la corona danesa 1%, al igual que el franco belgo-luxemburgués, lo que fue considerado como una medida sorpresiva. El ministro de Finanzas de Bélgica, Mark Eysens, declaró que como resultado, la moneda de su país rompía su tradicional vinculación con la moneda gala. Igualmente sorpresiva fue la decisión de Italia de no mover la lira hacia abajo del franco francés. Algunos observadores aseguran que esa decisión probablemente obligará al Gobierno italiano a solicitar un ajuste de su moneda en los próximos meses. En resumen, la devaluación del franco francés con respecto a las demás monedas del SME fue en promedio de 4.7%; de 5.8% con relación al marco y al florín; de 4% con el franco belgo-luxemburgués y la corona danesa y de 3% con respecto a la libra irlandesa y la lira.

Reacciones inmediatas

Para ciertos analistas la operación realizada en Ootmarsum era inevitable y necesaria. En noviembre último el ministro alemán, Gerhard Stoltenberg, declaró que debido a los diferenciales inflacionarios acumulados sería preciso efectuar un nuevo reajuste monetario, aunque no se trataría de un proceso dramático. Asimismo, un número importante de corredores de bolsa de Londres, Frankfurt, Zurich, Nueva York y París consideraban inevitable un reajuste del SME. El único punto de duda radicaba en la fecha; empero, todos coincidieron en que el realineamiento debería efectuarse después de las elecciones legislativas en Francia y en que era necesario evitar movimientos especulativos contra el franco, como sucedió en los días previos a las devaluaciones de octubre de 1981, junio de 1982 y principalmente al ajuste de marzo de 1983. Cabe señalar que según la coalición liberal-conservadora la ocasión fue sumamente propicia para realizar un reordenamiento de las paridades monetarias: la inflación muestra una tendencia descendente al igual que el valor del dólar, y los precios del petróleo han caído notablemente. Todo ello, junto con la devaluación y la puesta en marcha de la nueva política, permitiría reducir las tasas de interés y promover un crecimiento acelerado.

Al término de las negociaciones, el ministro alemán, Gerhard Stoltenberg, elogió el reajuste y señaló que esa medida reper-

cutiría en el fortalecimiento de la cooperación económica en Europa, pues el acuerdo había demostrado que los gobiernos miembros del SME tenían las mismas prioridades económicas de estabilidad monetaria y de reducción de los déficit presupuestales para garantizar el crecimiento a largo plazo y abatir el desempleo. Reiteró que la apreciación del marco no perjudicaría la competitividad internacional de su economía aunque sí preocupaba la probable caída de los ingresos de sus agricultores. Por su parte, el ministro de Finanzas de Holanda, Onno Ruding, afirmó que la revaluación de 3% del florín era favorable para disminuir las tasas de interés pero que podría abatir en 2% el superávit comercial de su país. Empero, el daño podría atemperarse si se continúan manteniendo tasas inflacionarias reducidas.

El mercado oficial de divisas en la CEE quedó restablecido el 7 de abril. Los mercados monetarios mundiales se adaptaron rápidamente al reajuste de las paridades europeas. Con el regreso de la normalidad los capitales extranjeros atraídos por las altas tasas de interés francesas (sólo menores a las de Italia) se volcaron de nueva cuenta a los mercados de valores y de acciones de París. Edouard Balladur declaró que el ingreso de divisas en Francia después de la devaluación alcanzó un nivel sin precedente. Otro de los efectos del realineamiento fue la decisión de Bélgica de reducir su tasa de interés bancaria, lo cual hace suponer a los economistas una tendencia generalizada en ese sentido en toda Europa en un futuro próximo.

Después del reordenamiento monetario los medios financieros internacionales prevén un período de estabilidad en el SME, aunque los ministros de la CEE consideran actualmente otras medidas tendientes a perfeccionarlo. En este sentido destaca el debate sobre el desmantelamiento del mercado doble de divisas de Bélgica, el cual —aun cuando no viola ninguna disposición de la CEE— va en contra del espíritu del SME, según se afirma. Esto es así, puesto que sólo las transacciones relacionadas con el comercio de mercancías de Bélgica y Luxemburgo, vinculadas en una unión monetaria, caen bajo las normas internacionales del Sistema. Las operaciones puramente financieras quedan fuera del alcance de ese mecanismo. En la práctica el mercado doble —creado en la posguerra— permite que los bancos que operan en los países señalados coticen tipos de cambio distintos para las transacciones comerciales y para las financieras. Según los belgas este sistema no pó-

drá ser eliminado hasta que la cuenta corriente de la balanza de pagos registre un superávit equivalente a 2 o 3 por ciento de su PNB (actualmente la relación es de 0.8%) y mientras que otros países de la CEE insistían en mantener controles a los movimientos de capital.

El proyecto conservador

La devaluación del franco produjo un acalorado debate entre la coalición gubernamental de derecha de los socialistas, ahora ubicados en la oposición. Para éstos, el cambio de paridad constituye el primer paso en firme de Chirac y Balladur para desmantelar la política económica de la izquierda e instalar a la empresa privada como eje de la acumulación. El ex primer ministro socialista, Laurent Fabius, señaló que "a nivel técnico y político la devaluación constituía un error, una actitud de facilismo, de escapatória. Desde hace seis meses —agregó— la inflación de Francia está a la par con Alemania Federal, el país tiene considerables reservas y la balanza de pagos es excedentaria y lo será aún más". Fabius afirmó que el argumento de que la medida responde a la necesidad de incrementar la competitividad externa es falso. "La competitividad del país —dijo— se gana con un franco fuerte y con la modernización de la economía y no con manipulaciones monetaristas." Otros opinantes señalan que la devaluación exacerbará las presiones inflacionarias que ya habían sido contenidas por el gobierno socialista y que repercutirá en un incremento de la deuda externa francesa que asciende a aproximadamente 60 000 millones de dólares, 90% reembolsable en las divisas más fuertes.

Los grupos empresariales y los agricultores, por supuesto, recibieron con gran agrado el anuncio de la devaluación. Según ellos, el reajuste les permitirá "luchar con las mismas armas que los competidores extranjeros". Con respecto al comentario de Fabius de que la economía francesa ha avanzado significativamente en el combate de la inflación y en el abatimiento del desequilibrio de la balanza de pagos, los conservadores aseguran que ello es de fecha reciente, pues el diferencial inflacionario acumulado en los últimos tres años con la RFA no ha podido eliminarse.

Después del reajuste del franco el Ministro de Economía —auténtico estratega del proyecto conservador— anunció diversas

medidas económicas. La idea central es instalar a la libre empresa como el motor del crecimiento económico del país. Entre los objetivos del plan económico destacan los siguientes: a) alcanzar en 1986 un crecimiento de 2.5% en términos reales. Se supone que la devaluación y el apoyo al sector privado impulsarán las inversiones productivas y las exportaciones; se reconoce, empero, que los recortes previstos en el gasto público afectarán el dinamismo de la economía en su conjunto; b) durante el año en curso el crecimiento de la inflación se limitará a 2.6%, objetivo muy similar al proyectado por el gobierno socialista. Esa meta podría verse seriamente amenazada por la programada eliminación de los controles de precios, aunque esto se compensaría, según los conservadores, con el ajuste a las erogaciones públicas y con la estricta vigilancia de la emisión de dinero (se prevé un crecimiento de la masa monetaria menor a 5% para 1986); c) suprimir el control de cambios y las rigideces a los movimientos de capitales, abatir gradualmente las tasas de interés y establecer reducciones impositivas y condonaciones temporales de las obligaciones tributarias a las empresas; d) eliminar el déficit presupuestario en un plazo de tres años, para lo cual en 1986 el gasto público se recortará en 15 000 millones de francos, principalmente en los rubros relativos a subsidios, y e) congelar los salarios de los empleados del Gobierno y de las empresas estatales. El sector público francés emplea a siete millones de personas, las cuales equivalen a un tercio de la fuerza laboral del país. Se pretende, asimismo, imponer una nueva legislación en materia de empleo sumamente adversa a los trabajadores. El proyecto incluiría una cláusula que vincula las contrataciones y despidos al comportamiento de la producción.

Renglón aparte merece el propósito del nuevo Gobierno de obtener de la Asamblea Nacional una ley que lo faculte para reprivatizar alrededor de 50 empresas de diversa índole por un valor de más de 150 000 millones de francos (20 000 millones de dólares). Los conservadores desean realizar ese proceso en un plazo de cinco años a razón de 20 000 a 25 000 millones de francos al año. En 1982, cuando el gobierno socialista realizó las nacionalizaciones, los activos estaban valuados en 45 000 millones; actualmente la cotización —sobre la base de los precios de las acciones en la Bolsa de Valores de París— es más del triple. Además, la mayor parte de los grupos nacionalizados —muchos de ellos recibidos en pésimas condiciones técnicas y financieras—

han llevado a cabo una exitosa reestructuración que como empresas privadas fueron incapaces de realizar, en ocasiones debido —valga la paradoja— al fuerte intervencionismo del Gobierno de Giscard d'Estaing.

Los grupos que se piensa traspasar al sector privado son Paribas y Suez, los cuales poseen una gran variedad de intereses financieros e industriales. Cada grupo está valuado por la Bolsa de Valores en 12 000 millones de francos. También se incluyen tres grandes compañías de seguros estatales cuyo valor conjunto aproximado es de 34 000 millones, así como los tres bancos más importantes —Banque Nationale de París, Crédit Lyonnais y Société Générale— que están valuados en 25 000 millones. Los grupos y empresas Compañía General de Electricidad (electrónica y electricidad), Rhône-Poulenc (químicos), Thomson (electrónica), Peching (aluminio) y Saint-Gobain (vidrio e ingeniería), son también candidatos a pasar a manos del sector privado.

El futuro inmediato

El episodio del franco fue sólo el prolegómeno de los profundos cambios que pretende realizar el gobierno de Jacques Chirac, cuyo propósito fundamental es reinstaurar el modelo de acumulación basado en el desarrollo del sector privado. Esa estrategia de corte neoliberal, muy cercana a la *Reaganomics*, tiene la intención no sólo de dismantelar y enterrar la política económica de los socialistas, sino poner al servicio de la libre empresa el resto de los factores productivos. En ese sentido apuntan la brutal reducción del tamaño del Estado, el congelamiento de los salarios y la puesta en marcha de un régimen laboral adverso a los trabajadores. François Mitterrand ha planteado su oposición a ese proyecto con toda la firmeza que le permite la Constitución y su ya menguado poder. Empero, será muy difícil que pueda detenerlo por completo. La estrategia que le resta al presidente será, según sus propios asesores, esperar a que su Primer Ministro sufra un tropiezo. Si las reformas económicas no funcionan, si el desempleo empeora y si la popularidad de Chirac decae, el Presidente podría tener la oportunidad de restaurar la mayoría socialista y su poder. Mientras tanto, el Gobierno de "cohabitación" augura una relación llena de discrepancias y de fricciones. □